

## CATEDRAL DE EVREUX.



D'ANGELO.

Pórtico setentrional de la catedral de Evreux.

Antiguamente se celebraba en Nuestra Señora de Evreux una fiesta singular, que se llamaba la ceremonia de San Vital. El primer día de mayo el capítulo acostumbraba ir al *Bosque del Obispo*, cerca de la ciudad, á cortar ramos para adornar las imágenes de los santos en las capillas de la catedral. Al principio los canónigos fueron en persona;

pero despues enviaron á sus clérigos de coro, los cuales se unieron los capellanes de la catedral, y por último hasta los vicarios, que tuvieron á honor el concurrir á aquella procesion, llamada la *procesion negra*. Los clérigos de coro, que miraban aquella fiesta como un día de diversion, salian de la catedral de dos en dos, con sotana y bonete cua-



drado, precedidos de los niños de coro, de los bedeles y demas servidores de la Iglesia, cada cual con una podadera en la mano, é iban á cortar aquellos ramos, que llevaban ó dejaban llevar al pueblo hasta la iglesia; la muchedumbre cubria todo el camino de flores y ramos, y mientras tanto repicaban á mas no poder todas las campanas de la catedral, para dar á entender á toda la ciudad que se estaba celebrando la fiesta de mayo.

Un año aconteció que no quiso el obispo que se tocasen las campanas; pero los clérigos de coro, burlándose de la prohibicion, hicieron salir de la iglesia á los campaneros, que vivian en ella para guardarla, se apoderaron de las puertas y de las llaves, durante los cuatro dias de la ceremonia, y tocaron que parecia que la iglesia se venia abajo, añadiéndose que llevaron su insolencia hasta el punto de colgar en las ventanas de un campanario á dos canónigos que subieron para oponerse á aquel desorden.—Estos dos canónigos se llamaban el uno Juan Mansel, tesorero de la catedral, y el otro Gauthier Dentelin.

Estos hechos acaecieron por los años de 1200, habiéndose introducido ademas mil otros abusos en estas ceremonias. La procesion negra era un pretexto para cometer toda especie de estravagancias; tiraban salvado á los ojos de los paseantes, hacian saltar á unos por encima de una escoba y á otros los hacian bailar; algunos años despues se pusieron caretas, y esta fiesta llegó á formar parte de la llamada de los Locos en Evreux. Los clérigos de coro, de vuelta á la catedral, se apoderaban de los pulpitos, echando, por decirlo así, á los canónigos que se iban á jugar á los bolos y armaban bailes y conciertos.

Un canónigo llamado Botella, que vivia por los años de 1270, fundó un aniversario el 28 de abril, dia en que principiaba la fiesta que acabamos de describir, con una retribucion considerable para los canónigos, vicarios, clérigos, niños de coro, etc., y ¡cosa estraña! quiso que se extendiese en el pavimento en mitad del coro, mientras duraba la ceremonia, un paño mortuario con cuatro botellas de vino, una á cada punta, y otra en medio, á beneficio de los asistentes al servicio.

Esta fundacion del canónigo Botella hizo que se cambiase el nombre del bosque del Obispo, donde se iban á cojer los ramos, en *Bosque de la Botella*, en razon á que, mediante una transaccion hecha entre el obispo y el capítulo, para evitar la destruccion del bosque, se estipuló que el obispo mandaria cortar por uno de sus guardas tantos ramos como personas fuesen en la procesion, haciéndolos distribuir en el sitio donde hay una cruz cerca del bosque. Mientras duraba la distribucion se bebia y se comian algunas galletas llamadas rompe-hocicos, porque el que las repartia las tiraba al rostro de los asistentes de una manera grotesca. El guarda del obispo encargado de la distribucion de ramos estaba obligado, ánte todas cosas, á hacer en el sitio indicado dos figuras de botella en la tierra, en memoria y honor del fundador Botella.

Estos hechos tan singulares se encuentran relatados con infinitos pormenores en el *Mercurio de Francia* de 1726, que se cree fué redactado por un eclesiástico de Evreux. Por otra parte, la catedral de Evreux se recomienda ménos por esos recuerdos estraordinarios que por su hermosa arquitectura, sus esculturas de piedra ó de madera y sus vidrieras.

La iglesia en cuestion, dice el calendario histórico de Evreux de 1749, ha sido arruinada tantas veces, que es imposible formarse una idea de lo que fué: todo lo que se

sabe de positivo es que, despues que fué destruida por Enrique I, rey de Inglaterra y duque de Normandía, en 1125, ese príncipe mandó reedificarla con tan grande magnificencia, que Guillermo de Jumiéges, que la vió, no teme afirmar en su historia que era la mas hermosa de todas las iglesias de la Normandía.

Sin embargo, no parece probable que Enrique I de Inglaterra haya hecho reedificar enteramente el edificio, puesto que algunas galerías de la nave parecen haber sido construidas en tiempo de Guillermo el Conquistador, bajo el obispado de Gislebert II.

La construccion de la nave se debe á Roberto de Rox, obispo de Evreux, reinando Felipe Augusto.

El coro y las partes colaterales fueron construidas á costa del rey Juan, de Carlos V y de los obispos y condes de Evreux, despues de las devastaciones cometidas por los ingleses y navarros reinando Carlos el Malo, rey de Navarra y conde de Evreux.

Luis XI hizo levantar la linterna y el campanario de plomo, que llaman *Campanario de plata*, sin duda porque el estaño le daba la blancura de este metal. Tambien dicen que datan del reinado del mismo príncipe la ventana del mediodia, la capilla de la Virgen, la sacristía, la biblioteca, las galerías del coro, el claustro y las incrustaciones interiores de la nave.

El admirable pórtico setentrional y el pórtico principal, así como la ventana del mismo nombre, y una parte de la torre principal, datan del tiempo de los obispos Ambrosio y Gabriel Leveneur; el resto de la misma torre fué concluido en 1636, con el producto de un donativo que hizo á la fábrica un tal señor Martin, capellan y notario apostólico. Enrique IV tambien hizo donacion de dos mil libras, en 1608, para que se continuasen los trabajos con celeridad. La torre meridional fué levantada hácia mediados del siglo XV.

Antes de la revolucion se veia en la torre principal la estatua de Enrique I de Inglaterra, teniendo en la mano una especie de rollo medio desenvuelto, para señalar los donativos que ese príncipe hizo al gobierno y al capítulo de las iglesias y diezmos de Veneuil y de Nonancourt, así como de las tierras y baronía de Brandfort, en Inglaterra.

La iglesia se halla adornada en su mayor parte de esculturas de un hermoso trabajo, siendo las mas notables por su finura y pureza las del techo del vestibulo de entrada; todas las capillas, así como las dos grandes puertas que cierran el circuito del coro y el interior de este, están adornadas con grupos de sátiros y de frailes y otros varios ornamentos de una ejecucion perfecta.

El arca donde se encierran las alhajas es una obra maestra de cerrajería; las verjas, cerrojos y candados de las puertas se hallan cinceladas con una riqueza estraordinaria.

Las vidrieras pintadas en los siglos XIV, XV y XVI son preciosas bajo el punto de vista del arte y como recuerdo histórico, viéndose en ellas los retratos de muchos obispos, de Carlos el Malo, rey de Navarra y de Luis XI.

#### LA SOTA DE ESPADAS.

(Véase nuestros números 1 y 2.)

#### IV.

Lisabeta Ivanovna se hallaba sentada en su cuarto sumergida en una profunda meditacion y vestida aun con su traje de baile. En cuanto entró en la casa se apresuró á despedir á la criada diciéndole que no necesitaba de nadie



para desnudarse y subió á su aposento temiendo hallar á Hermann y aun deseando no hallarle. A la primera ojeada se aseguró de su ausencia y dió gracias á la casualidad que le había hecho faltar á la cita. La jóven se sentó pensativa, sin pensar en cambiar de traje y se puso á repasar en su memoria todos los pormenores de aquellas relaciones principiadas tan poco tiempo hacia, y que sin embargo se hallaban ya tan adelantadas. Apenas habían trascurrido tres semanas desde que vió por primera vez por la ventana al jóven oficial, y ya le había escrito y ya le había concedido una cita nocturna. Lisabeta no sabía de él mas que su nombre; había recibido una porción de cartas pero jamás la había dirigido la palabra, por lo cual no conocía ni el metal de su voz. Sumergida en estas meditaciones y sentada como hemos dicho con los guantes quitados, desnuda de hombros y la cabeza coronada de flores, sintió abrirse la puerta de repente y Hermann apareció.

— ¿Donde estabais? le preguntó con voz trémula.

— En la alcoba de la condesa, — respondió Hermann, — acabo de dejarla y está muerta.

— ¡Dios mío! ¿qué decís?

— Y temo, — continuó, — el haber sido causa de su muerte.

Lisabeta Ivanovna le miraba espantada: Hermann se sentó junto á la ventana y le contó todo lo sucedido.

La jóven le escuchó horrorizada; de ese modo, aquellas cartas tan apasionadas, aquellas espresiones tan ardientes, aquella persecucion tan atrevida y obstinada, todo eso no había sido inspirado sino por el dinero! La pobre jóven que no tenía otra cosa que ofrecerle mas que su corazón, ¡cómo podría hacerle feliz! ¡Pobre inocente! había sido el ciego instrumento de un ladrón, del asesino de su anciana bienhechora. Lisabeta lloraba amargamente en la agonía de su arrepentimiento, Hermann la miraba en silencio, pero ni las lágrimas de la infortunada ni su belleza doblemente espresiva con el dolor, no conmovieron un solo instante á aquel corazón empedernido; por otra parte, no experimentaba el menor remordimiento y al pensar en la muerte de la condesa, una sola idea le atormentaba, que era la irreparable pérdida del secreto de que esperaba su fortuna.

— ¡Sois un monstruo! — exclamó Lisabeta despues de un largo rato de silencio.

— No he querido matarla, — respondió friamente, — y la prueba es que mi pistola no estaba cargada.

Ambos permanecieron largo tiempo sin hablarse; el día iba viniendo; Lisabeta apagó la luz, y al punto penetró en el cuarto una luz blanquecina y apagada. La jóven enjugó sus párpados empapados de lágrimas, y miró á Hermann, que continuaba apoyado en el marco de la ventana, con los brazos cruzados y frunciendo las cejas.

— ¿Cómo haremos para que salgais? — le dijo en fin la jóven. — Estoy pensando en que podríais salir por la escalera falsa, pero sería menester atravesar el cuarto de la condesa y tengo miedo...

— Indicadme donde está la escalera y yo iré solo.

Lisabeta se levantó, buscó en una gabeta una llave y se la dió á Hermann con todas las indicaciones necesarias. Hermann tomó su mano helada y besando á la jóven en la frente, salió, bajó la escalerilla y entró en el cuarto de la condesa que permanecía sentada en su sillón: los rasgos de su fisonomía apenas se hallaban contraidos. Hermann se detuvo un instante á contemplarla como para asegurarse de la terrible realidad, despues de lo cual entró en el gabinete

negro y tanteando la tapicería descubrió una puertecilla que daba á una escalera, que conducía á otra puertecilla que abrió con su llave; entró en un corredor y bien luego se encontró en la calle.

## V.

Tres días despues de esa noche fatal, Hermann entraba á las nueve de la mañana en el convento de \*\*\* donde debían celebrarse los funerales de la condesa. Hermann aunque no tenía remordimientos no podía sin embargo disimularse que era el asesino de aquella pobre mujer. Como todos los que carecen de fé era sumamente supersticioso, y persuadido de que la condesa muerta podía ejercer una influencia maligna sobre su vida, se había imaginado que apaciguaria sus manes asistiendo á sus funerales.

La iglesia estaba llena de jente y le costó mucho trabajo el encontrar en ella un sitio. El cuerpo estaba depositado en un rico catafalco de terciopelo; la condesa se hallaba de cuerpo presente con las manos cruzadas sobre el pecho, con un vestido de seda blanco y tocado de encajes. La familia se hallaba reunida enderredor del túmulo mortuario y los criados enlutados con un nudo de cintas con las armas de la condesa en el brazo, tenían hachas en la mano; los parientes estaban de luto riguroso, hijos, nietos y viznietos, pero nadie lloraba; las lágrimas hubieran parecido *finjidas*, porque la condesa era ya tan vieja que su muerte no debía sorprender á nadie. Un predicador célebre pronunció su oración fúnebre, pintando en unas cuantas palabras sencillas y tiernas la muerte del justo que ha pasado largos años en los tiernos preparativos de un fin cristiano. « El ánjel de la muerte la ha arrebatado, dijo, en medio del contento de sus piadosas meditaciones y en la » espera del DESPOSADO DE MEDIANOCHE. » Cuando se concluyó el servicio fúnebre, los parientes pasaron uno á uno por delante de la difunta, y despues lo hicieron así mismo en una larga procesion todos los convidados á la ceremonia.

Hermann se adelantó á su vez hácia la tumba, y se arrojó un momento en las losas cubiertas de ramos de cipreses; despues se levantó, y pálido como la muerte, subió los escalones del catafalco y se inclinó... cuando de repente le pareció que la difunta le miraba con ironía guiñándole un ojo. Hermann se echó bruscamente hácia atras y cayó rodando por el suelo; al instante se apresuraron á levantarlo, y en el mismo momento, al otro extremo de la iglesia, caía sobre el pavimento Lisabeta Ivanovna privada de conocimiento. Este episodio interrumpió durante algunos minutos la pompa de la ceremonia; Hermann salió de la iglesia en medio de los murmullos de la multitud.

El jóven oficial se encontró todo el día en un desasosiego extraordinario. En la fonda solitaria donde comía bebió mucho contra su costumbre, con la esperanza de emborracharse, pero el vino no hizo mas que calentar su imaginación dando una nueva actividad á las ideas que le atormentaban. Por último se metió en su casa muy temprano, se arrojó vestido en su cama y se adormeció con un pesado sueño.

Cuando despertó era ya bien de noche, la luna entraba en su cuarto; miró al reloj y vió que eran cerca de las tres, y como no tenía ganas de dormir se sentó al borde de su cama y se puso á pensar en la condesa.

En aquel momento se le figuró que una persona se acercaba desde la calle á mirar por su ventana, desapareciendo enseguida, pero Hermann no fijó en ello la atención. Al cabo de un minuto sintió abrir la puerta del recibimiento y



creyó que era su asistente que entraba borracho, como de costumbre, de vuelta de una escursión nocturna, pero bien luego oyó unos pasos desconocidos, como de alguién que entraba pausadamente arrastrando sus babuchas por el suelo. En fin la puerta se abrió y una mujer vestida de blanco se adelantó en su cuarto. Hermann se imaginó que sería su anciana nodriza, sin saber porqué venía á verle á aquella hora, pero la forma vestida de blanco atravesó el aposento rápidamente y al llegar á la cama, Hermann reconoció á la condesa!

— Vengo á ti contra mi voluntad, — le dijo con voz firme. — Me veo obligada á acceder á tus ruegos. El tres, el siete y el as son las tres cartas con que ganarás, una despues de otra, pero no jugarás mas que una en cada veinticuatro horas y despues, en tu vida volverás á jugar. Te perdono mi muerte con tal de que te cases con mi señorita de compañía Lisabeta Ivanovna.

Y al acabar de pronunciar estas palabras se dirigió á la puerta y se retiró arrastrando sus babuchas como al entrar. Hermann la oyó empujar la puerta del recibimiento y un instante despues vió una figura blanca que pasaba por la calle, y que se detuvo un instante en su ventana como para mirarle.

Hermann se quedó algun tiempo atónito y sin saber lo que le pasaba; despues se levantó y fué al recibimiento donde se hallaba su asistente, borracho como de costumbre y durmiendo tendido en el suelo; costóle mucho trabajo despertarle y no pudo obtener de él la menor explicacion. La puerta del recibimiento estaba cerrada con llave; Hermann entró en su cuarto y escribió todo lo acontecido.

## VI.

Dos ideas no pueden existir en el mundo moral, así como tampoco pueden ocupar dos cuerpos el mismo espacio en el mundo físico. Tres, siete y as borraron bien luego de la imaginacion de Hermann el recuerdo de los últimos momentos de la condesa. Tres, siete y as no se apartaban un instante de su memoria y le venian constantemente á los labios. Veía treses que se abrian como las *magnolia grandiflora*, siete que parecian puertas góticas y ases suspendidos en los aires como en forma de arañas monstruosas. Todos sus pensamientos se hallaban concentrados en un solo objeto que era el modo de aprovechar el secreto que tan caro le habia costado. Primeramente se le ocurrió pedir una licencia para viajar, con la esperanza de encontrar en París alguna casa de juego donde se pudiera hacer una fortuna en tres golpes, pero la casualidad vino á sacarle de sus apuros.

Habia en Moscu una sociedad de ricos jugadores bajo la presidencia del célebre Tchekalinski que habia pasado toda su vida jugando y que se habia hecho millonario, porque sabia ganar billetes de Banco y no perdía mas que moneda blanca. Su magnífica casa, su excelente mesa y sus elegantes modales le habian proporcionado numerosos amigos atrayéndole la consideracion jeneral. En cuanto llegó á San Petersburgo toda la juventud corrió á sus salones olvidando los bailes por el juego y prefiriendo las emociones de la baraja á las seducciones de la coquetería. Naroumof condujo á Hermann á casa de Tchekalinski.

Despues de atravesar una multitud de aposentos llenos de criados políticos y serviciales, llegaron al salon del juego, en medio del cual se veía una larga mesa rodeada de unos veinte jugadores; el dueño de la casa era el banquero del faraon. Tchekalinski era un hombre de unos sesenta años, de

noble y dulce fisonomía, con una cabellera blanca como la nieve y ojos brillantes con una perpétua expresion de agrado. Naroumof le presentó á Hermann, é inmediatamente Tchekalinski le alargó la mano, le ofreció su casa, sin ceremonias, y continuó su juego.

La partida principiada se acabó: Tchekalinski barajo las cartas y se preparó á principiar otra.

— ¿Me permitís que tome una carta? — dijo Hermann alargando la mano por encima del hombro de un caballero grueso que obstruía todo un lado de la mesa. Tchekalinski se sonrió con gracia y se inclinó en señal de asentimiento. Naroumof felicitó á Hermann deseándole todas las felicidades imaginables en la carrera del juego, hacia la cual habia mostrado tanto desvío hasta aquel instante.

— ¡Ya está! — dijo Hermann despues de escribir un número en el revés de la carta.

— ¿Cuánto? — preguntó el banquero medio cerrando los ojos, — no veo.

— Cuarenta y siete mil rublos, — dijo Hermann.

Al oír esto todas las cabezas se levantaron, y todas las miradas se clavaron en Hermann. ¡Se ha vuelto loco! — pensó Naroumof.

— Permitidme que os observe, caballero, — dijo Tchekalinski con su eterna sonrisa, — que jugais un poquito fuerte; aquí no se juegan mas que doscientos setenta y cinco rublos en una puesta.

— Está bien, — dijo Hermann, — aceptais, ¿sí ó no?

Tchekalinski se inclinó en señal de asentimiento.

— Quería advertiros únicamente, — dijo, — que aunque tengo mucha confianza en mis amigos, no estoy acostumbrado á echar las cartas en la mesa sin el dinero á la vista; estoy perfectamente convencido de que vuestra palabra es oro puro, pero sin embargo desearia, para mayor orden del juego, que pusierais la suma que habeis dicho sobre vuestra carta.

Hermann sacó de su bolsillo un billete, y se le alargó á Tchekalinski quien despues de haberle examinado con una rápida mirada le puso sobre la carta de Hermann.

Enseguida echó cartas; á la derecha salió un diez y á la izquierda un tres.

— Yo gano, — dijo Hermann descubriendo su carta.

Un murmullo de admiracion circuló entre los jugadores; el banquero frunció las cejas un instante, pero inmediatamente volvió á aparecer en su rostro su sonrisa habitual.

Tchekalinski sacó un puñado de billetes de banco de su cartera y pagó enseguida. Hermann se guardó la ganancia y dejó la mesa; Naroumof no sabia lo que le pasaba: Hermann tomó un vaso de limonada y se metió en su casa.

A la noche siguiente volvió á casa de Tchekalinski; se acercó á la mesa; todos los asistentes se apresuraron á dejarle puesto, y Tchekalinski le hizo una cortesía cariñosa.

Hermann tomó una carta en la que puso sus cuarenta y siete mil rublos y ademas lo que habia ganado la noche anterior.

Tchekalinski echó cartas; á la derecha salió un caballo, y á la izquierda un siete.

Hermann enseñó un siete.

Hubo una aclamacion jeneral; Tchekalinski no estaba de buen humor; contó noventa y cuatro mil rublos y los entregó á Hermann quien los tomó con la mayor sangre fria, se levantó y salió.

Al otro día se presentó á la hora acostumbrada; todo el



mundo le esperaba, jenerales, consejeros privados todos le rodeaban apretándose en el salon. En cuanto entró, los demas jugadores cesaron de poner en su impaciencia por verle enredarse con el banquero, quien, pálido aunque sonriendo siempre, le miraba como tomaba asiento y se disponia á jugar solo contra él. Cada uno deshizo un juego de naipes; Tchekalinski barajó y Hermann alzó, despues tomó una carta y la cubrió con un monton de billetes de banco; parecian los preparativos de un duelo: el mas profundo silencio reinaba en el salon.

Tchekalinski principió á tallar, temblándole las manos: á la derecha salió una sota y á la izquierda un as.

— El as gana, — dijo Hermann descubriendo su carta.

— Vuestra sota ha perdido, — dijo Tchekalinski con voz meliflua.

Hermann se estremeció; en vez de un as tenia delante una sota de espadas; apénas podia dar crédito á sus ojos y no comprendia cómo se habia podido engañar de aquella suerte.

Con los ojos fijos en la carta funesta le pareció que la sota de espadas le guiñaba el ojo sonriendo con ironía, y reconoció, horrorizándose, un parecido extraño entre aquella sota de espadas y la difunta condesa. ..

— ¡Maldita vieja! — exclamó espantado.

Tchekalinski recojió sus ganancias y Hermann permaneció durante largo tiempo inmóvil y aterrorizado, y cuando al cabo se levantó y salió de la sala hubo un momento de conversacion estrepitosa. — ¡Famoso jugador! — decian los asistentes: Tchekalinski barajó las cartas, y el juego continuó.

#### CONCLUSION.

Hermann se volvió loco, y se halla en el hospicio de Oboukhof en el cuarto n.º 47. No responde á ninguna pregunta y repite constantemente: ¡Tres, — siete, — as! — ¡Tres, — siete, — sota!

Lisabeta Ivanovna se ha casado con un jóven muy guapo, y Tomski ha ascendido á jefe de escuadron.

#### EL ALQUIMISTA.



Escena del Alquimista, por BEN JONSON.

Daniel Defoe cuenta que al principio de la gran epidemia que hubo en Lóndres en 1665 se establecieron en todos los barrios de la ciudad un infinito número de astrólogos, alquimistas, brujos y adivinos ávidos de explotar el terror de los crédulos. Las puertas de las casas de esos charlatanes que estaban adornadas con los bustos de Bacon y Merlin y una porcion de inscripciones falsas casi

todas, se hallaban sitiadas por una multitud de hombres y mujeres de diferentes condiciones, deseosos de saber si moririan ó no de la epidemia y si debian salir ó quedarse en Lóndres, á lo cual los astrólogos contestaban siempre que ya podian guardarse bien de alejarse de Lóndres, y que el medio mas seguro de precaverse contra la peste era el de consultarles á menudo, y sobre todo comprarles sus



amuletos, triángulos mágicos, cartas misteriosas etc. Hubo entre ellos tunantes tan hábiles, que hicieron en poco tiempo fortunas considerables.

*El Alquimista*, una de las mejores comedias de Ben Jonson, representada por primera vez en Londres en 1610, tiene por argumento la pintura de algunas de las escenas singulares que pasaban en los gabinetes de los astrólogos ó alquimistas: hé aquí el plan jeneral de esta antigua comedia:

Un vecino de Londres fué á refugiarse al campo jurando que no volvería á la ciudad en tanto que muriera una sola persona de la epidemia, dejando confiada la guarda de su casa á su criado llamado Jeremías. El tal Jeremías, que es un tunante muy astuto, se encuentra en la calle con un su amigo que no le va en zaga y que ha servido en casa de un hombre científico; ambos se reúnen para engañar á los crédulos, y la casa del amo de Jeremías se ve bien luego trasformada en un laboratorio de química y un taller de consultaciones. Jeremías cambia de traje, tomó el título y nombre de capitán Face y se va reclutando jente para su astuto compañero que, vestido con el traje de alquimista, se hace llamar el doctor Sutileza. La epidemia toca á su fin cuando principia la comedia, de modo que los individuos que se presentan al doctor van, ménos por el temor del mal que por el deseo de hacer fortuna y conocer el porvenir. El mas notable de esos personajes es un caballero llamado Epicureo Mammon que quiere descubrir la piedra filosofal, y en su loca esperanza de poseer el secreto de la trasformacion de los metales, forma los mas gigantescos y maravillosos proyectos. « Esta noche, dice, voy á cambiar en oro todo el metal que se encuentre en mi casa, y mañana al despuntar el día mandaré comprar todo el plomo, el estaño y el cobre que quieran venderme en Londres, para fabricar con ello un Perú. ¿Quién es capaz de atreverse á dudar del poder de la piedra filosofal? El que posee esa flor del sol, da á quien quiere honores, salud, valor, victoria y una larga vida; de un jóven puede hacer un anciano y de un anciano un niño... Voy á ahuyentar la epidemia del reino de Inglaterra. »

Esta crítica á principios del siglo XVII no carecia de algun valor, existiendo aun un crecido número de personas, aun entre la jente instruida, que creían en esas quimeras.

El personaje mas gracioso de la pieza es un jóven estanco llamado Abel Drugger. El pobre jóven, sencillo y corto de ánimo, manda construir una tiendecilla á la esquina de una calle, y quiere que el adivino le diga á qué lado debe abrir la puerta, cómo ha de colocar las cajas, y qué precauciones debe tomar para que no le roben: Jeremías le recomienda al doctor Sutileza, quien examina complaciente la figura de Abel, su frente, sus dientes, y con particularidad su dedo meñique que, colocado segun el arte quiromántico, bajo la influencia de Mercurio, debe decidir de su suerte por su forma y señales. El doctor le predice una gran fortuna, y satisface completamente á todas sus preguntas, dándole tan buenos consejos y esperanzas, que el pobre Abel Drugger se queda maravillado.

Nuestro grabado representa el instante de la escena en que Abel Drugger, cuya ambicion se ha despertado hasta lo sumo, confia á los dos tunantes que tiene una vecina viuda muy jóven y muy rica, y que desea obtener su mano. Sutileza y Face invitan á Abel á que les presente la viuda, de quien esperan tambien sacar mucho partido, y en esto está el nudo de la intriga. La viuda buscando un marido, su hermano, noble campesino, que desea saber un secreto

para arreglar las disputas y los desafíos, un escribiente de procurador que quiere un talisman para ganar al juego y en las apuestas, y algunos otros personajes pasan delante del espectador, criticas vivientes de las ridiculeces de la época, que todos son explotados alternativamente por el doctor y Jeremías, quienes por último, una noche, en el momento en que se estaban repartiendo las ganancias del día, se ven sorprendidos por el amo de la casa, que vuelve del campo, y los despide.

Ben Jonson es autor de varias otras comedias, algunas mas célebres que el *Alquimista*.

#### LAGRIMAS SILENCIOSAS.

Te levantas por la mañana, bajas al valle y ves por todas partes un hermoso horizonte de un claro y límpido azul, pero no sabes que mientras has dormido, las nubes que acaban de desaparecer han vertido sobre la tierra una abundante lluvia.

¡Ay! ¡Cuántos infelices muestran por la mañana un rostro tranquilo, y han pasado llorando toda la noche!

J. KOERNER.

#### CLASIFICACION PARALELA DE LOS ANIMALES.

El dibujo que va al fin de este artículo, tiene por objeto presentar bajo una forma clara, para un caso particular, el plan del nuevo modo de clasificacion propuesto en 1832 por M. I. G. Saint-Hilaire, llamado *Clasificacion paralela, ó por series paralelas*, de los animales.

La clasificacion paralela se funda sobre un hecho notabilísimo y poco observado, sin embargo, que, como la *unidad de composicion* de G. de Saint-Hilaire y otras grandes conclusiones sentadas por Vicq de Azir y los alemanes conducen á la célebre fórmula de la *unidad en la variedad*. M. G. Saint-Hilaire ha consagrado su laboriosa vida á demostrar que los animales por diferentes que parezcan al primer aspecto se componen de materiales recíprocamente análogos; la naturaleza se repite en la *creacion de los diferentes animales* que se hallan esparcidos en la superficie del globo. Oken y otros muchos naturalistas alemanes que desgraciadamente han extendido esa idea mas allá de los límites posibles, reconocen tambien en el fondo entre diferentes órganos de un mismo ser, y bajo mas ó ménos diversas apariencias, una composicion casi idéntica; así, pues, *la naturaleza se repite en las diferentes partes de un mismo animal*. Ahora bien, á estos dos hechos jenerales, hoy de todo punto incontestables, y que tanto puesto ocupan en la ciencia, se debe añadir un tercero, á saber: *la naturaleza se repite tambien en la creacion de diferentes grupos del reino animal*. Para comprender esto echemos una ojeada á nuestra lámina.

Vénse representados en ella como ejemplos, doce mamíferos, seis á la izquierda llamados insectívoros y otros seis á la derecha llamados roedores. Los insectívoros son en su conjunto muy diferentes de los roedores, y aun la mayor parte de los zoólogos colocan á una gran distancia unos de otros, en razon de la notable diferencia del sistema dentario y de sus aparatos digestivos; pero al mismo tiempo, las condiciones de todos los demás sistemas y aparatos, establecen entre ambos órdenes puntos de contacto muy notables.

De este modo á la primera ojeada que se eche á nuestra lámina se puede ver que ambos órdenes comparados forman cinco grupos que pueden designarse bajo los nombres



de *Trepadores*, *Andadores*, *Saltadores*, *Nadadores* y *Escarbadores*, y de un sexto grupo caracterizado por la presencia de espinas ó aguijones en vez de pelo.

A la segunda observacion, y considerando nuestro grabado con atencion, la comparacion va á ofrecernos mayor interes revelándonos semejanzas notabilísimas entre los diferentes grupos de insectívoros y sus correspondientes en los roedores. Hé aquí primeramente los nombres de los animales que figuran en nuestra lámina:

	INSECTÍVOROS.	ROEDORES.
<i>Trepadores.</i>	Tupay.	Ardilla.
<i>Andadores.</i>	Turon.	Rata.
<i>Saltadores.</i>	Macroscélido.	Gervilla.
<i>Nadadores.</i>	Desman.	Rata moscada.
<i>Escarbadores.</i>	Topo.	Orictero.
<i>Erizados.</i>	Erizo.	Puerco-espín.

Este cuadro indica ya que el tupay es á los insectívoros, en cuanto á las modificaciones del aparato locomotor, lo que la ardilla es á los roedores que son por decirlo así, las ardillas de los insectívoros, como la ardilla es el tupay de los roedores. Pero no se detiene aquí la semejanza: tienen la misma cola con pelos erizados, las mismas uñas y el mismo jénero de vida, y tan completo es el parecido entre esos dos animales que hay países donde los confunden bajo un solo nombre.

Lo mismo sucede entre los andadores; por una parte los turones y por la otra las ratas y los campañoles: la semejanza jeneral entre unos y otros está tan marcada que vulgarmente no se distinguen, y hasta los naturalistas los han reunido á veces en un solo grupo. Los turones ó Musarañas (*Musaraneus*) se llaman en lenguaje ordinario ratas ó ratones; pudiéndose añadir, que hasta su jénero de vida se parece al de estos últimos, que son los únicos que se introducen (ciertas especies al ménos) en las habitaciones del hombre para vivir en ellas, y á veces hasta en los buques.

Los saltadores entre los roedores son las gervillas que durante largo tiempo no han tenido equivalente entre los insectívoros; hoy ya se pueden colocar al frente de los roedores saltadores los macroscélidos que se les parecen de todo punto.

Los insectívoros nadadores son los desmanes, notables por su cuerpo, su cola escamosa y fuertemente comprimida y por la naturaleza particular de su piel. Las mismas modificaciones se encuentran en las ratas moscadas, roedores acuáticos, que son exactamente á las ratas, lo que los desmanes son á los turones.

Cuando se llega á los insectívoros escarbadores como el topo, se hallan modificaciones singulares, y á veces tan monstruosas á la vista, que no se cree posible el que puedan reproducirse en otros animales y sin embargo no es así, porque esas monstruosidades se reproducen simultanea y paralelamente, en los oricteros tan bien designados antiguamente bajo el nombre de ratones-topos, y que no se parecen solo á estos últimos en sus miembros tan á propósito para escarbar ó minar, sino en los órganos de los sentidos, particularmente en sus ojos tan reducidos. Debemos añadir que no se conocen mas que cinco ó seis mamíferos cuyo pelo tenga la propiedad, estando húmedo, de descomponer la luz y por consecuencia de hacer resplandecer esos vivísimos y esplendentes colores tan comunes entre los pájaros, y estos cinco ó seis mamíferos, todos escarbadores, son unos insectívoros y otros roedores.

También deben repartirse entre el grupo de los insectívoros y de los roedores, con una sola escepcion, el corto número de mamíferos que tienen, en vez del pelo ordinario,

espinas ó aguijones; y aun en la escepcion de que hablamos se ve la correspondencia ó paralelismo de los grupos que componen ambos órdenes.

Además de los caracteres distintivos esenciales que existen entre los insectívoros y los roedores, se hallan señaladas en nuestra lámina ciertas diferencias muy notables. En cada tipo, el insectívoro es mas pequeño que el que le corresponde entre los roedores, distinguiéndose á primera vista por una cabeza mas larga y fina que se termina por un hocico afilado y á veces por una verdadera trompa pequeña.

Si hemos logrado explicar claramente el hecho tan importante, y sin embargo tan descuidado hasta el día, concerniente al parecido ó semejanza de formas y caracteres entre los grupos secundarios de los insectívoros y de los roedores, esa misma explicacion servirá para establecer, en este caso particular, la necesidad de una profunda modificacion en el plan de la clasificacion zoológica.

Los naturalistas de fines del pasado siglo, inspirados por las ideas de Bonnet, manifestaron muchas propensiones á creer en una *escala animal*, en que cada especie representaría un escalon, ó, lo que es lo mismo, en una *serie continua* en la cual las especies se sucederian unas á otras sirviendo cada una de intermedia entre la que le precede y la que le sigue. Hace mucho tiempo que ningún naturalista digno de este nombre admite ya la existencia de una serie *continua* entre los animales, descubriéndose con frecuencia entre dos animales intervalos considerables, y vacíos que no han podido llenarse ni se llenarán jamás á pesar de los descubrimientos ulteriores de la ciencia y de las esperanzas de Bonnet y sus discípulos. De este modo ha sido necesario resolverse á rechazar la suposicion totalmente gratuita de la *continuidad* de la serie, aunque sin embargo se ha persistido en admitir como principio de todas las clasificaciones que rijan hasta hoy, la existencia de una serie continua en una parte de sus términos, y no continua en otros puntos; en una palabra, mas ó ménos irregular pero única y por consiguiente comparable á una escala entre cuyos escalones existen espacios desiguales.

Pero en el día es necesaria una nueva correccion. Está probado que la naturaleza no solo se separa del ideal de Bonnet en que faltan muchos escalones ó extremos de la serie, sino también en que se encuentran muchos de ellos que están repetidos varias veces, en una palabra (como ha dicho M. Saint-Hilaire), deteniéndose un poco en la materia, se ve que existe no una sola serie sino dos ó mas *series compuestas de extremos que corresponden entre sí*, dos ó mas *series homogéneas y paralelas*. Y si aun quisiésemos llevar mas adelante la refutacion de Bonnet, podríamos añadir que la escala animal, al paso que hay veces en que carece de escalones, hay otras en que los tiene dobles y hasta multiplicados.

De aquí ha nacido el cambio ó sustitucion *unilinear* (es decir aquella en que los animales se hallan colocados uno detrás de otro en una misma línea) en clasificacion *paralela*, ó por *series paralelas*, en que los animales se hallan repartidos como lo están en nuestra lámina en dos ó mas líneas, si necesario fuere, cada cual puesta en relacion con su línea correspondiente. La clasificacion paralela manifiesta así con igual claridad, por una parte las relaciones que ligan á cada ser con los demás extremos de su serie parcial colocados *encima* ó *debajo*, y por otra, las que tiene con los extremos correspondientes de la otra serie parcial colocada *á su lado*, segundo jénero de relaciones no ménos importante omitido necesariamente en todas las clasificaciones concebidas bajo el plan admitido jeneralmente hasta el



dia. La clasificacion paralela tiene pues, una doble ventaja | cargo de esta gran verdad desconocida hasta hoy, la repe-  
sobre la clasificacion ordinaria. Primeramente se hace | tition de los mismos tipos secundarios en los diferentes



Clasificacion paralela de los animales.—Dibujo de WERNER.

grupos del reino animal, y en vez de un solo orden de re- | guiente se acerca mas á la solucion del gran problema de  
laciones manifiesta dos, importantes ambos, y por consi- | la distribucion metódica de los seres.